

021 NSC (272)



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 272

50 cts.



COLIBRÍ

POR

OSSI OSWALDA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 272

COLIBRÍ

Preciosísima comedia americana, interpretada por
la genial artista OSSY OSWALDA
acompañada en su *rolé* espléndido por
BRUNO KASTNER, FRANZ VON EGENIEFF,
VIVOR JANSON y otros

Producción WESTI-FILM

Exclusiva de

LEMIC, S. A.

Muntaner, 1 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WILLIAM BOYD



COLIBRÍ

—
Argumento de la película
—

I

UN PAJARO EN EL ARROYO

La cartomancia, llave mágica, especie de lámpara de Aladino, que abre la puerta que lleva a lo desconocido, encontró siempre devotos, lo mismo entre los habitantes de los dorados palacios, que entre los humildes y gratuitos inquilinos del arroyo amparador, y ese juego caprichoso de los naipes, combinados al azar y por el azar, fué creído a pie juntillas por los hu-

Prohibida la reproducción.

— Revisado
por la censura gubernativa.
—

mildes y por los poderosos, cuando unos y otros sienten gravitar sobre su cerebro, algo más que la capa ósea recubierta de excreciones grasientas.

Y aquella cruda mañana invernal, en que las calles berlinesas rezumaban escarcha, un montón de harapos, carnes frescas y ojos vivaces e inocentes, seguían con curiosidad los manejos cabalísticos de una incipiente pitonisa del arroyo.

Esta era una muchachita espigadilla, de unos diez y seis a diez y siete años si hemos de creer a la fe de bautismo... de apenas la mitad si juzgamos por la indumentaria y por la alegría infantil de sus ojos pícaros, como ventanas abiertas en una carita de rosa, fachada del hotelito coquetón de la alegría, con un tejado de cabellos de oro, aun cuando en las tejas aureas en desarreglo, hayan acumulado el viento y la desidia más basura que limpieza.

Pajarillo que buscaba su alimento en el arroyo — ¡tal vez naciera en él! —, Colibrí era un estuche de monerías perniciosas y si bajo la mugre que recubría sus carnes desnudas, como un suero protector contra las inclemencias del

tiempo, se dejaba adivinar el plumaje suave y tentador del pájaro a que debía su nombre, a sus lindos piececitos desnudos debía venirles ancho el zapatito diminuto de la Cenicienta del cuento infantil.

Colibrí estaba sentada en el suelo — aun no había recubierto de tapices el arroyo en los barrios extremos de la ciudad, el magnífico Ayuntamiento de Berlín — y la rodeaban en silencio, pendientes de sus palabras, hasta una media docena de pajecillos haraposos, el más alto de los cuales mediría escasamente cuarta y media.

Colibrí *echaba* las cartas y la baraja mugrienta estaba esparcida sobre la acera en líneas simétricas, formando el lenguaje de lo ignoto, la palabrería de los astros, la plática misteriosa del tres de copas, con el as de oros y el siete de espadas... y Colibrí que apenas si sabía garrapear su nombre leía en aquellos pedazos de cartón como en un libro abierto.

—Esta carta dice claramente que preparemos el hocico para regalarnos con algo sustancioso...

Porque aquella reina del más allá y su cohorte, tenían un hambre de siete inviernos, como

los siervos de Faraón, después de la vida lenta de las siete vacas flacas.

Relumbraron los ojillos de los siervos al oír la



Colibrí echaba las cartas...

profecía apetitosa de su señora y todos los ojos hechos cuatro por un milagro de glotonería, miraron a su alrededor como procurando descubrir entre la bruma el gorro blanco del cocinero...

Uno de aquellos arrapiezos, no descubrió la marmita, pero sí un gatillo negro que en equilibrio sobre un adoquín puntiagudo devanaba en sus patitas y en su rabo retorcido un jergológico hilado.

A Colibrí debió parecerle el diminuto felino un marmitón, por cuanto levantándose con preseteza corrió hacia el gato, recogió el objeto que le hiciera bailar con tanta gracia y llegándose al puesto de una mofletuda frutera preguntó, poniendo en su mirada toda la ingenuidad de que se sintió capaz:

—¿Es de usted este ovillo, señora frutera?

—¡Ay, sí! ¡Pícaro gato! Muchas gracias, hija mía... ¿Te gustan las manzanas?

La echadora de cartas dijo que sí con todo su cuerpo, con las manos, con los ojos, con la boca, hasta con sus greñas revueltas, y la excelente señora frutera cogió de un cesto la fruta sonrosada del pecado y se la dió para picotearla a aquel pajarillo de oro.

Colibrí consideró indigno de ella hacer caer a sus amigos en el feo vicio de la envidia, mucho más tratándose de una mísera manzana, de

las que tan bien estaba abastecido el puesto de la frutera... y simulando hábilmente tropezar en un canasto repleto hasta la cúpula del fruto sabroso, esparció éste por el suelo con violencia, proyectando a gran distancia hasta el grupo de sus amiguillos, el teléfono sin hilos de Eva y la serpiente.

Hízose la azorada, fingiendo confusión por su torpeza y ayudó a la vendedora a recoger el fruto prohibido no sin ocultar cuidadosamente durante la recogida, afanosa, alguno de aquellos apetitosos frutos en unos desgarrones de su batilla sucia, que hacían el oficio de bolsillos.

Y las aves levantaron su vuelo tras la colecta abundosa, no sin que Colibrí lanzase a los aires el canto triunfal de su carcajada cristalina...

¡Picardías de muchachos!... Porque Colibrí no era mala en el fondo... ¡La encanallaba el ambiente!...

II

UN PRESTAMO USURARIO

Si Colibrí debía su nombre al pájaro más alegre y enamorado de la libertad, su papaíto ostentaba el apodo de "El Imantao", por la facilidad con que se adherían a su persona todos los objetos metálicos de algún valor.

Y Boddy, "El Imantao", una oscura existencia, de corazón grande y generoso, pero de dedos más grandes aún y más nobles con lo ajeno, cuida de la infeliz golfilla, venida Dios sabe de dónde, recogida como una planta silvestre de entre el fango de la calle y criada con mimo cariñoso por aquel injerto de bondad y de vicio que fué y era para ella un segundo padre y una nueva madre.

El rata alegre y dicharachero, en cuyos labios florece una sonrisa, está aquel día taciturno en

su tugurio contemplando la biblioteca de su ilustración: un manojo de ganzúas que saben servir de gafas a todos los ojos.

—¡Valientes llaves maestras!... — exclamó melancólico—. No sirven más que para abrirle a uno la puerta de la cárcel...

Suspira quejumbroso y asomándose a la ventana, dice a Colibrí, que aun mordisquea con deleite el fruto de la rafiña, que hicieran brotar entre las piedras un gato y un ovillo:

—Sube que tengo que hacerte una consulta.

Y Colibrí, obediente, acude a la voz paterna y se sienta frente a su padre con la gravedad de un jurista que va a descifrar el secreto de las *pandectas*.

—Como estamos a primeros de mes y no tenemos dinero para pagar la casa, se me ha ocurrido tomarlo a préstamo del bolsillo de algún amigo. A ti ¿qué te parece?

—Que procures que el amigo no se entere del préstamo. Pero, de todas maneras, veamos lo que dice la baraja.

Y acercándose a la mesa extiende con rapidez la baraja...

—As deoros... siete de copas... al lado de un caballo de espadas...

Y Colibrí mueve la cabeza dubitativa.

—¿Qué dicen las cartas?...



—¿Qué dicen las cartas?

—Que los guardias te van a mudar esta tarde de domicilio.

—Que los guardias te van a mudar esta tarde de domicilio.

.....

En un suntuoso palacio de la avenida de los tilos vive rodeado de comodidades y disfrutando de una fortuna fabulosa Juan Lewis, hombre simpático y jovial cuya única preocupación en la vida es el casar a su hijo Roberto, joven doctor a quien la celebridad hace guiños desde un rincón de la gloria, con Clara Hamilton, su prima, sin que este proyecto hubiese alcanzado hasta entonces una franca acogida por parte del más interesado en el negocio: el futuro marido.

Roberto Lewis no tiene tiempo de pensar en amoríos, enfrascado como se halla en aquellos momentos en el hallazgo de una fórmula que sirviese para la preparación de un suero anticanceroso, empresa que absorbe todos sus entusiasmos juveniles, como si en realidad tuviese por corazón un tubo de ensayo.

El joven investigador recibe en su laboratorio la noticia de la visita de su prima Clara y hombre cortés — ¡aunque sabio! — abandona sus retortas y sale al encuentro de su futura.

—Comprendo lo interesado que debes estar en tus experiencias — murmura Clara un poco mo-

lesta — cuando hace tres días que no has venido a verme.

Roberto quiso argüir una disculpa, pero su padre interviene conciliador:

—Clara y yo hemos decidido arrancarte hoy a la tiranía de la Ciencia y obligarte a que nos acompañes a pasear junto al lago.

Accede Roberto a la demanda y a poco los tres salen del palacio.

Jorge Rogers, el ayudante de Roberto, sentía inconfesable envidia por los éxitos crecientes del joven profesor y además era ambicioso, por lo que con bastardos propósitos se aprovechaba de la ausencia de los dueños de la casa y se apodera de un cuaderno en el que Roberto iba anotando día a día el resultado feliz de sus experiencias.

“El Imantao”, en compañía de su *mascota* Colibrí, huroneaba por los muelles en busca de su amigo el prestamista, cuando quiso la pícara casualidad, que se hallase de manos a boca con Juan Lewis, que en aquel momento regresaba de dejar a Clara y Roberto en pleno mar, a ver si

el amor adquiriría desparpajo al verse transportado en una gasolinera.

El millonario arreglaba paciente sus gafas, cuando Boddy, dejando a la pequeña sentada sobre un amarra cabos, se acercó cauteloso y cuando ya iba realizando con éxito las primeras gestiones para obtener el *préstamo*, esto es, cuando sus manos hábiles se habían introducido en el bolsillo interior de la americana de Lewis y apriaban sus dedos alados y sutiles la abultada cartera del milord, éste dándose cuenta del esca-moteo, con un movimiento brusco e impensado, sujetó reciamente el brazo del desaprensivo *solicitante* hasta verlo en manos de los guardias.

—¡Lástima de golpe, amigo! — exclamó jovial Juan Lewis, recuperando la cartera—. Siete mil libras había dentro...

Abrió "El Imantao" unos ojos tamaños, y se estremeció al oír la voz de uno de esos amigos oficiosos, que nunca faltan a la cita inoportuna, que decía a uno de los guardias señalando a Colibrí:

—Aquella chava que está allí sentada es la hija de ese *punto*.

El celoso argos de la justicia se dirigió hacia el pájaro de los cabellos de oro, que estaba en-tristecido mordisqueando uno de los frutos de su rapiña matutina.

—No quiero separarte de tu papaíto y te voy a llevar con él a la Comisaría — le dijo el guardia malicioso.

¡También a aquella Eva del arroyo se le había indigestado la fruta prohibida!

—No me toque que me ensucia — dijo ma-yestática y olímpica Colibrí.

Pero el guardia no atendía a delicadezas y la cogió por un brazo sin más contemplaciones.

—Sea bien educado y recójame la manzana que me tiró.

De nada le valieron a la niña las artimañas y a poco ella y su padre adoptivo, en compañía de Juan Lewis llegaban a la Comisaría del dis-trito.

El guardia que había detenido a "El Imantao", quiso explicar al comisario lo realizado por éste, pero el viejo truhán le atajó con una son-risa diciéndole:

—No se moleste, amable guardia: “El Iman-tao” es de sobra conocido en esta casa.

Llenóse en breve tiempo el requisito de filiación y el atestado, y el comisario dirigiéndose a Colibrí, que gimoteaba en un rincón, la dijo:

—A ti también será preciso encerrarte para que vayas acostumbrándote al calabozo.

—Yo le ruego que no haga nada a mi pobre hija — exclamó Boddy—. ¡Ella es inocente de todo!...

—¡Papaíto!... — bisbiseó la niña arrojándose en sus brazos.

Y tuvo lugar entre padre e hija una escena conmovedora, tanto, que llegó a enternecer a Juan Lewis a quien había interesado aquella muñequita pizpireta.

—Me comprometo, señor inspector — dijo—, a recoger a esta muchacha y atender a su educación.

Reflexionó unos instantes el interpelado y luego dirigiéndose a Colibrí le preguntó:

—Este señor quiere llevarte a su casa y hacer de ti una mujercita honrada. ¿Aceptas?

No contestó al pronto la infeliz, pero al se-

pararse de su padre, que desapareció en manos de sus guardianes, fué hacia el señor Lewis y refugiándose junto a él le besó en la mano reconocida y llorosa.



—Este señor quiere llevarte a su casa y hacer de ti una mujercita honrada...

Llegado a su casa, ante el asombro creciente de Colibrí, deslumbrada con tanta fastuosidad, dijo a su criado:

—Cúidese de que esa muchacha, a quien he

recogido, cambie radicalmente de indumentaria y sea tratada como una verdadera señorita. Será preciso empezar por un buen baño a base de jabón y estropajo.

Al oír aquello, Colibrí exclamó con un terror cómico:

—¡Agua, no! ¡Agua, no!

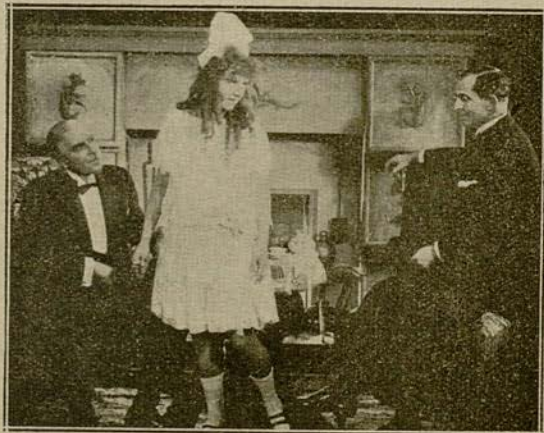
Pero de nada le valieron sus protestas y después de dos horas de incesante trabajo, para sujetar a aquella fiera dentro de la piscina, quedó Colibrí tan desconocida, tan graciosa y tan bonita, bajo su trajecito blanco, con los áureos tirabuzones colgando a lo largo de su carita de ángel, que Roberto, que esperaba verla aparecer con impaciencia, enterado de su presencia en la casa por el relato que a su regreso le hiciera su padre de la aventura, exclamó asombrado:

—¿Y esa es la pordiosera de que me hablaste?

El mismo Juan Lewis estaba atónito y no daba crédito a sus ojos... ¡Aquella no era Colibrí!... ¡Pero su sonrisa pícaro, que ahora era más acusada en el rostro atildado y reluciente,

la hacía inconfundible y sentándola sobre sus rodillas la preguntó:

—¿Estás dispuesta a continuar bañándote todos los días?



—...No creí nunca que el agua llegase a ponerme tan guapa.

Y Colibrí con un gesto de coquetería instintiva, esa enfermedad hereditaria en la mujer, contestó:

—¡Ya lo creo!... ¡No creí nunca que el agua llegase a ponerme tan guapa!

Decididamente Colibrí no era un pájaro: ¡era una mujer... y bonita para colmo de desdichas!...

III

LA CRISALIDA SE VUELVE MARIPOSA

Pasó el tiempo... Transcurrieron los meses y Colibrí, aunque conservando el hábito de las travesuras, que aprendiera en su convivencia con los golfos, *sufrió una transformación radical* y aunque a ratos sus risas, sus bromas y sus juegos, recordaban a la niña, la mujer se iba cuajando, con gran desesperación de Clara Hamilton que veía en ella una probable rival y de las más temibles, por lo que no perdonaba ocasión de zaherirla.

Un día ocurrió un hecho insólito en aquella vivienda de ordinario tan pacífica.

—¡No encuentro mis gafas! — murmuraba rebuscando en todos los rincones de su despacho, Juan Lewis.

—También ha desaparecido la figurita de bron-

ce que estaba ahí, sobre la mesa... — añadió al cabo de un rato—. ¡Y el caballo de encima de la chimenea!...

Pero su estupor creció de punto, cuando entró



...Colibrí sufrió una transformación radical...

en el despacho su hijo, exclamando colérico:

—¡Es incomprensible! Ha desaparecido del laboratorio uno de los aparatos que utilizo para mis experiencias...

—¿Habrá ido a parar todo al cuarto de algún criado? Es preciso averiguarlo.

Y empezaron una pesquisa detenida por toda la casa, cuando al pasar ante la puerta de la habitación de Colibrí, oyeron un ruido sospechoso, que les impulsó a acercarse cautelosos a la puerta y abriendo aquélla de repente no pudieron por menos de soltar la carcajada. ¡En medio de la habitación, sentada sobre un cojín, Colibrí con un sombrero de copa sobre sus guejas rubias, las gafas del anciano cabalgando sobre su nariz delicada, gesticulaba alegre y bulliciosa! ¡En torno suyo se veían la figurita de bronce de la mesa, el caballo de la chimenea, el aparato del laboratorio!...

Quiriendo revestirse de seriedad y a tiempo que se apoderaba de su querido aparato, el futuro extirpador del cáncer la preguntó qué significaba todo aquello.

Colibrí, encogiéndose de hombros, contestó con sencillez:

—Como me paso todo el día sola, he buscado con qué distraerme. Me parece que la cosa no tiene nada de particular.

A lo que el viejo, más indulgente en razón de la edad — ¡los niños y los ancianos primos hermanos! — intervino:

—No vale la pena de enfadarse con ella después de la ingenuidad de su confesión.

... ..

A todo esto "El Imantao" había cumplido su condena y aquel día brilló otra vez para él, esplendoroso, el sol de la libertad.

Su primer impulso fué dirigirse a su antiguo alojamiento, en busca de Colibrí. No la halló allí y al preguntar a la cohorte disuelta de los pajecillos haraposos, uno de aquellos futuros Rinconetes le dijo:

—Colibrí no vive ya aquí. Ahora está hecha una gran señora y vive en un palacio del Paseo de los Tilos.

... ..

Aquella tarde en el jardín, hablaban los Lewis, padre e hijo y Clara Hamilton, de Colibrí, mientras ésta jugaba entre las plantas, con la

alegría del pájaro que encarnaba en figura humana.

—Tengo la certeza, Clariña—terminó Roberto—, de que esa muchacha no merece el juicio que de ella has formado. La ley de herencia también tiene sus excepciones...

Sonrió enigmática e incrédula la primita y para desviar la conversación por otros cauces, Juan Lewis enseñó a Clarita una revista ilustrada, en la que, bajo una fotografía de Roberto, aparecía el siguiente letrero:

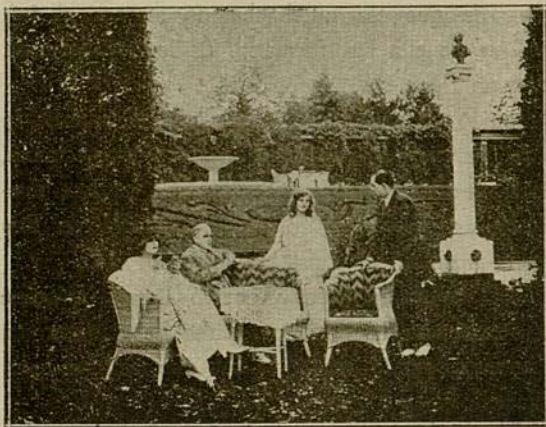
"El insigne profesor Roberto Lewis, a quien la Academia de Medicina acaba de tributar un homenaje, por el éxito de sus experiencias científicas."

Contemplando estaban el retrato, cuando, cansada de jugar sola, llegó hasta ellos Colibrí, que mirando por encima del hombro de Clarita, exclamó:

—¡Roberto...! ¡Qué bien está...!

Y huyendo veloz, arrebolada de entusiasmo, fué a una platabanda y arrancando las flores a puñados, volvió hacia el banco para entregar el ramo al agraciado. ¡Pero éste no estaba allí...!

Se alejaba por una de las avenidas del brazo de su prima...



Contemplando estaban el retrato, cuando llegó hasta ellos Colibrí...

Juan Lewis, viendo su cara de desconsuelo, le dijo, cariñoso:

—Trae, hija mía, yo mismo daré esas flores a Roberto...

Y se alejó tras de los novios...

Colibrí se dejó caer en el banco, temblorosa...

¡Pobrecilla...! ¡Le había llegado al corazón la primera punzada de los celos...!

Pensando estaba en esto, cuando llegó a sus oídos una voz conocidísima, que gritaba, alborozada:

—¡Colibrí...!

—¡Padre...! —contestó, volviéndose rápida, y corriendo hacia él...

Porque era "El Imantao" en persona, que habiendo descubierto el retiro de la joven, había saltado la verja del jardín, y se hallaba ante ella contemplándola admirativo.

—¿Estás contenta, hija mía? —dijo, estrechándola entre sus brazos.

—Sí, papá... Soy muy feliz; pero no me olvidó de ti.

Y contándole estaba a su padre las peripecias de su vida desde que se separaran el día del *préstamo*, que tan caros intereses costara a Boddy, cuando oyó voces que la llamaban, y se alejó precipitadamente, no sin antes asegurarle que se volverían a ver con frecuencia.

El buen padre, viéndola marchar, murmuró:

—Para que nunca tenga que avergonzarse de

mí, desde hoy prometo solemnemente no volver a apoderarme de lo ajeno... ¡Hay que regenerarse...!

Pero en aquel momento, sus ojos se fijaron sorprendidos en el bolso de oro de la prima Clara, que ésta había dejado olvidado sobre la mesa de piedra del jardín.

Durante unos segundos luchó con sus costumbres; pero pudo más el vicio arraigado, que aquella virtud recién nacida en su pecho... Y cogiendo el bolso, echó a correr hacia la verja...

¡Aquella brújula era perfecta!

.....

¿Qué había ocurrido en el palacio?

¿Por qué llamaban a Colibrí tan precipitadamente?

IV

Y EL PAJARILLO HUYÓ DE LA JAULA DE ORO...

Clara Hamilton se levantó para marcharse.

Al ir a salir, notó que había dejado su bolso de oro, olvidado, en la mesa del jardín.

—¿El bolso?—dijo solícito Roberto—. Ahora mismo irán a buscarlo...

Salió un criado a por él, y a poco volvió diciendo que el bolso había desaparecido.

Clara, que no perdonaba ocasión de suscitar

dudas y recelos en torno a Colibrí, exclamó con una sonrisa maligna dirigiéndose a su primo:

—Me parece que en este caso la ley de heren-



—Me parece que en este caso la ley de herencia no tiene excepciones...

cia no tiene excepciones... — y salió de la estancia contoneándose.

En aquel momento llegaba Colibrí. Roberto fué a su encuentro y la interrogó premioso:

—¿Has cogido tú un bolsillo de oro, que mi prima Clara dejó sobre la mesa del jardín?

Colibrí se estremeció... Recordaba haber visto aquella alhaja y pensó: ¡Mi padre ha sido! Pero permaneció silenciosa.

—Y sin embargo — continuó Roberto, sin saber que al hacerlo destrozaba el corazón de la niña—; todo te acusa en esta ocasión, puesto que tú fuiste la única persona que permaneció allí después de ausentarnos los demás...

—¡Yo juro que no sé nada, que no he visto nada!

Y con el alma lacerada por las sospechas que sobre ella recaían y con la certeza de que fué su padre el autor del robo del bolso, Colibrí huyó aquella noche del palacio de los Lewis y se presentó en su antiguo hogar dispuesta a rescatarlo.

El bolso de oro de la prima Clara proporcionó al "Imantao" una noche divertida y cuando regresó a su bohardilla, con una papalina bastante decente, halló a Colibrí que le esperaba impaciente a la puerta.

—Tú has robado un bolso de oro en casa de mis bienhechores. ¿Qué has hecho de él?

El "Imantao", sacando unas monedas del bolsillo y haciéndolas saltar entre sus manos, rió cínico:

—Lo vendí en casa del usurero Daniei...

La muchacha no quiso oír más. Echó a correr como una loca y sin pensar en que carecía de dinero para obtenerlo se presentó en casa del usurero dispuesta a rescatar el bolso de oro.

—Vengo por un bolso de oro que le ha vendido a usted esta tarde el "Imantao".

El judío sonrió oteando un buen negocio y mirando con ojos lujuriosos a aquella muñequita tan preciosa, que se aventuraba sola en su sórdida guarida. Sacó el bolso y al verlo Colibrí extendió ávida la mano para cojerlo.

—Espera, jovencita. Primero es preciso devolver el dinero...

Vaciló Colibrí, aunque esperaba la respuesta, y recordando un valioso collar que llevaba al cuello se lo quitó, diciendo a tiempo que lo mostraba al judío:

—¿Valdrá este collar lo que usted dió por el bolso?

Para admirarlo mejor, salió el judío de detrás del mostrador y al hallarse cerca de la joven,



—Espera, jovencita; primero es preciso devolver el dinero.

sintióse acometido de una repugnante satiriasis y estrujó a Colibrí entre sus brazos osando posar sobre aquella flor de pureza, la baba asquerosa de sus labios repugnantes...

Colibrí luchó a brazo partido con el sátiro y al repeler la brutal acometida de aquel monstruo humano, el judío fué a chocar contra un estante, y pesados objetos artísticos, durmiendo bajo el polvo de las vitrinas, cayeron sobre la cabeza del lujurioso, abriendo en ella enorme brecha y dejándolo tendido en tierra como una cosa muerta.

Colibrí tuvo miedo al verse así y presa de un terror pánico, cogió el bolso de oro de sobre el mostrador y bajó precipitadamente las escaleras...

Ya en la calle, con el espanto impreso en el rostro, miró a todas partes como alelada y tras un momento de vacilación echó a correr como una loca...

Poco trecho llevaba recorrido cuando oyó gritos feroces a sus espaldas:

—¡A esa!... ¡Detenedla!... ¡Ha matado al viejo Daniel!...

Y el miedo redobló la ligereza de sus piernas.

Pero de todas partes acudía la gente a los clamores y la jauría que la perseguía en las

tinieblas aumentaba considerablemente por segundos.

Loca, frenética, sin saber a donde iba, cruzó el arroyo a riesgo de ser atropellada por los



Ya en la calle, miró a todas partes como alelada...

autos que en todas direcciones rodaban sobre el asfalto y viendo la gran mámpara de cristales de un famoso *cabaret* a la que se agolpaba la gente; a codazos y empujones penetró en el ves-

tíbulo y atravesó la sala de baile seguida de cerca por los guardias y provocando el espanto y el desorden.

Roberto, que con unos amigos se encontraba en aquel lugar de diversión creyó reconocer en aquella mujer que huía de los guardias, alocada, a Colibrí, y cuando cesó el tumulto y se calmaron los ánimos, se dirigió a su casa dispuesto a aclarar aquel misterio.

Mientras tanto Colibrí, que había logrado despistar a los guardias, consiguiendo huir por los tejados, favorecida por la oscuridad de la noche, llegaba a su casa y entrando sin ser vista, se desnudó rápidamente y se acostó simulando un sueño y una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Ya era hora, porque en el mismo instante se abría la puerta de su habitación con sigilo y aparecía por la rendija la cabeza de Roberto...

La vió en el lecho dormida, al parecer, tan pesadamente, que cerrando con cuidado se preguntó aturdido:

—¿Me habrá hecho daño el poco champan que he bebido?

... ..

A la mañana siguiente Roberto explicaba a su padre los incidentes de la víspera y después de hacerle un relato detallado de lo que había visto, terminó diciendo:

—Tengo la certeza de que era ella. Y sin embargo, aunque regresé a casa rápidamente, la encontré acostada...

Mientras tanto la doncella de Colibrí penetró como de costumbre en el cuarto de ésta, que rendida al cansancio y a las emociones de aquella noche terrible, había caído en una especie de letargo, del que no salió sino cuando la doncella se retiraba llevándose el vestido de la joven para limpiarlo.

Apenas cerrada la puerta, saltó Colibrí de la cama con el espanto reflejado en las facciones. ¡En aquel vestido que la doncella se llevaba, había guardado Colibrí el bolso de oro que tan caro le costó recuperar!

¿Iba a ser estéril su sacrificio?...

La doncella al retirarse hacia el guardarropas con el vestido y los zapatos de la muchacha, encontró en el pasillo a Jorge Rogers, el ayudante del doctor, que sonriente intentó darla un beso. En el movimiento brusco que hizo la camarera para esquivar la caricia, se cayó del bolsillo del vestido el bolso de oro. Lo reconoció Jorge, como había reconocido los vestidos, y como le convenía que todas las sospechas se apartasen de él recayendo sobre otras personas, cogió el bolso y fué a dar cuenta a los Lewis del hallazgo.

—Creo que este debe ser el bolso que perdió la señorita Clara... — dijo presentándolo.

—En efecto — exclamó Roberto reconociéndolo—. ¿Dónde lo encontró usted?

—Se cayó del bolsillo de un vestido que llevaba la doncella de la señorita Colibrí para limpiarlo.

Sin oír más Roberto subió precipitadamente al guardarropas y mirando el vestido de la niña, murmuró:

—Ese es el vestido con el que, estoy seguro ahora, la ví anoche penetrar en el *cabaret* seguida de los guardias... Y estos zapatos mancha-

dos de barro lo confirman. ¿De dónde vendría? ¿Qué misterio es éste?

Y volviendo a la habitación donde se encontraban su padre y Jorge dijo a éste:

—Lleve el bolso y este ramo de flores a la señorita Clara... pero díjala que el bolso se ha encontrado entre la arena del jardín...

Aquel día Colibrí, que había revuelto toda la casa en busca del bolso perdido, se presentó más tarde que de ordinario en el comedor, con aspecto receloso y desconfiado.

—¿Has dormido bien esta noche, Colibrí? — la preguntó de pronto Roberto.

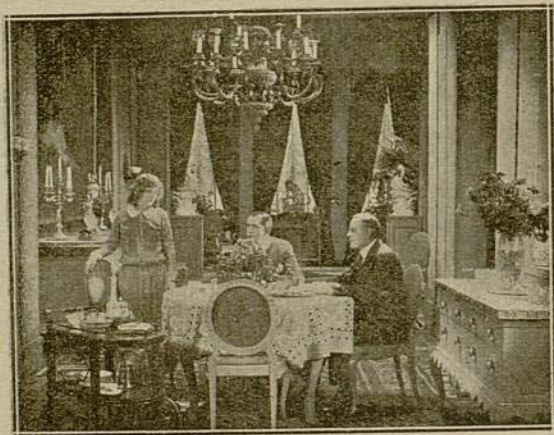
Colibrí, aturdida, se limitó a decir que sí con la cabeza. Y el desayuno se deslizó por primera vez en un silencio taciturno.

Terminada la colación, Roberto y su padre se dirigieron al despacho del primero. Este para olvidar aquellos incidentes desagradables se dispuso a trabajar. ¡Pero cuál no sería su sorpresa, su estupefacción y su dolor, cuando vió que del cajón secreto de su mesa había desaparecido su cuaderno de notas!

—¡Ha desaparecido mi cuaderno! — exclamó

consternado, dirigiéndose a su padre—. ¡Cinco años de trabajo perdidos!

¡Y como era natural, las sospechas de aquel nuevo delito, recayeron, como las de los otros,



Aquel día Colibrí se presentó más tarde que de ordinario en el comedor...

que tampoco cometiera, sobre el infeliz pajarillo del arroyo, cuyas alas no tronchara el vendabal de las borrascas callejeras y estaba a punto

de sucumbir entre las barras doradas de su jaula suntuosa!...

Roberto se decidió a hablarla para aclarar aquel misterio indescifrable y al hallarse ante la joven la dijo:

—Tranquilízate, Colibrí. Ninguna reconven-
ción he de hacerte si me prometes confesarme
la verdad. ¿Quieres?

La pobre muchacha no contestó y hundió aún
más la cabeza entre los hombros.

Roberto empezaba a impacientarse y a perder
la calma.

—No pensé hallar en ti tan testaruda resis-
tencia. Ese cuaderno, que has hecho desaparecer,
contenía el fruto de cinco años de trabajo y de
estudio...

Colibrí le miró asombrada. ¿De qué cuaderno
hablaba Roberto?

—Tu empeño en ocultar la verdad — conti-
nuó Roberto — hace imposible que mi padre y
yo volvamos a recobrar la confianza que tenia-
mos depositada en ti.

Colibrí al oír esto se puso en pie y acercán-

dose al joven médico, le dijo con los ojos preñados de lágrimas:

—¿Pero es posible que me crea capaz de causar a usted el menor daño?... ¿A usted?...

Y había tal calor en su mirada, una emoción tan verdadera, tan honda, que Roberto se estremeció violentamente y sintió vacilar sus convicciones.

Perdida la confianza de sus bienhechores, imposibilitada de poder probar su inocencia, Colibrí determinó abandonar para siempre aquel palacio, donde tan feliz pudo ser y el destino adverso le brindó sólo el dolor más amargo para su alma ilusionada.

Antes de partir, cogió de sobre la mesita tocador un retrato en dije de Roberto y estrechándolo contra el seno dijo suspirando:

—Este será en realidad el único robo que aquí cometo...

Y salió de aquella casa dejando en el camino los girones sangrientos de su pobre corazón destrozado...

V

LA SENDA DEL DOLOR

Veamos antes qué había sido del cuaderno de notas de Lewis.

Jorge Rogers, que era un hombre minado por los vicios y roído por la envidia, había cometido el robo.

Hacia tiempo que estaba en relaciones con un doctor japonés que le había ofrecido una respetable cantidad por el famoso cuaderno y a manos del nipón fué a parar el fruto de su rapiña.

Creyó Jorge que su hazaña había permanecido ignorada, pero el detective del hotel en que se hospedaba el personaje oriental y que desconfiaba de éste, siguió los pasos de Rogers al salir de cumplir lo prometido y recoger el fruto de aquella acción villana, que había separado, quizá para siempre, dos corazones amantes!...

... ..

Y entretanto...

Bajo el manto copioso de la noche tempestuosa, al par que sentía atormentada su conciencia por el remordimiento, Roberto al saber la huida de Colibrí, descubrió por vez primera el afecto inmenso que hacia la añorada fugitiva yacía oculto en el fondo de su corazón...

Colibrí vagando sin rumbo en la noche, llegó hasta los extremos de la ciudad, combatida por la lluvia y extenuada por la fatiga...

Un amigo inesperado, un perro, lamió sus manos y la ofreció su amistad y seguido de él, llegó hasta unos carromatos extraños, de los que se expandía una viva luz.

Era el Gran Circo ambulante Palace, dirigido por el domador Franck Catle, que se disponía a cambiar aquella noche de localidad.

Colibrí llamó a la portezuela; la abrió el domador, seguido de su esposa, que en caso necesario podía suplir con ventaja al Hércules de

la compañía, y la pobre muchacha desolada imploró de rodillas:

—¡Llévenme con ustedes! ¡No me abandonen!
Después de una corta conversación, el matri-



...llegó hasta los extremos de la ciudad, combatida por la lluvia...

monio acordó guardarla con ellos y el circo se puso en marcha.

En aquel rumbo hacia lo desconocido, que Colibrí emprendió valerosamente, no tardó en

estrechar su amistad con un fiel y desinteresado compañero: Sultán, el perro cariñoso que se acercó a ella cuando todos la rechazaban.

Entretanto los Lewis, iniciaban infructuosas pesquisas para lograr averiguar el paradero de Colibrí...

Después de varios días de rebuscas infructuosas, durante los cuales el corazón de Roberto sintió atroces tormentos, una mañana entró Juan Lewis alborozado en la habitación de su hijo:

—¡Alégrate, hijo mío! La policía ha descubierto su paradero. Trabaja como artista en un circo ambulante.

Y Roberto, haciendo apresuradamente la maleta, corrió en busca de la amada de su alma...

Pero aun no había sonado la hora de la dicha. Mientras Roberto corría hacia ella, Colibrí sin saberlo se alejaba de él.

El pajarito del arroyo, que había cautivado todos los corazones de aquella *troupe* de saltarines nómadas, desde el domador hasta el último payaso, se había convertido en una verdadera estrella de la danza.

Aquella noche en función de gala extraordi-

naria, había alcanzado un triunfo clamoroso en su última creación: un baile exótico inventado



..los extravagantes empresarios del Gran Teatro Imperial de Berlín, que la ofrecieron un contrato fabuloso.

por ella que había arrancado ovaciones delirantes.

Saboreando estaba su triunfo cuando llamaron discretamente a su camerino.

Fué a abrir y se encontró ante dos extravagantes señores, Marcos y Loew, empresarios del Gran Teatro Imperial de Berlín, que la ofrecieron un contrato fabuloso.

Aquella noche en la soledad de su mísero albergue, Colibrí no pudo conciliar el sueño, saboreando la miel de sus recuerdos y creyendo aspirar las fragancias de un porvenir deslumbrador.

Y amparada por la luz incierta del amanecer huyó Colibrí de sus bienhechores, camino del triunfo.

A las pocas horas de aquella fuga, llegaba al Circo Palace Roberto Lewis preguntando por Colibrí.

—¡Huyó, la ingrata — le contestaron—, sin que nunca la diéramos motivos para ello!

Y aquel hombre enamorado, para quien ya la vida no ofrecía consuelos sin encontrar a la amada, volvió triste y abatido a su magnífico palacio del paseo de los Tilos.

.....

Los empresarios de Colibrí recibieron a ésta en triunfo, augurándole un porvenir fastuoso y generosos, y espléndidos en sus condiciones, como



...gracias a la magnanimidad de sus empresarios, el vestuario de Colibrí había sufrido un

Colibrí no tenía más que *lo puesto*, le ofrecieron adelantarle el dinero que necesitara para vestuario e instalación apropiada.

Aunque parezca mentira cumplieron su pala-

bra Marcos y Loew, y la novel artista quedó instalada a todo lujo en uno de los mejores hoteles de Berlín, bajo el nuevo nombre artístico de "Gacela Oriental", y no bien llegó a la capital alemana cautivó el primer corazón: el botones del hotel, un muchachito que debía luego hacerla un señalado servicio.

Gracias a la magnanimidad de sus empresarios el vestuario de Colibrí había sufrido un cambio altamente beneficioso y con ese poderoso don de adaptación que poseen las mujeres, aquella muchachita cuyo cuerpo sólo cubrieron a medias los harapos primero y sus trajecitos de niña mimada después, se convirtió en unas horas en una mujercita encantadora, dispuesta a crear modas y a imponerlas, por el prodigio de su belleza y de su gracia innata.

Como su nombre figuraba en grandes carteles hasta en el rincón más apartado de Berlín y se la había hecho un reclamo inmenso, cada vez que salía de sus habitaciones encontraba en los pasillos, en el hall y hasta en la misma puerta de la calle, verdaderas nubes de moscones, pollitos lánguidos y almibarados, que for-

maban a su alrededor legión, disputándose el favor de una sonrisa o de una mirada suya.

.....

En el mismo día en que Colibrí llegó a Berlín, "El Imantao" volvía a gozar de la santa y encantadora libertad, decorosamente vestido, gracias a la protección que desde hacía algún tiempo le prestaban los Lewis.

Al cruzar la puerta de servicio y ya en plena calle se despidió del oficial de la prisión, diciéndole mientras le estrechaba la mano como a un antiguo amigo:

—Me parece que no tendré el gusto de volverlo a ver más. Estoy decidido a regenerarme... y esta vez va de veras.

Su primera visita, como se comprenderá, fué al palacio de los Lewis, y cuando el criado entró a anunciar a Roberto y Juan Lewis que el padre de la señorita Colibrí deseaba hablarles, ambos se apresuraron a recibirle, más que con satisfacción, con verdadera alegría.

Todo el que pudiera traerle alguna noticia de la muchacha, y aun más los que pudieran ayudarle a encontrarla, tenían en Roberto un afecto que llegaba hasta a las mayores exageraciones.

En cuanto se vió sentado entre sus protectores, "El Imantao" les dijo, buscando los tonos más patéticos como un cómico consumado:

—Ante todo vengo a expresarles mi gratitud por las atenciones que han tenido ustedes conmigo durante mi cautiverio. Y además, como estoy decidido a renegar de mi apodo y a emprender una vida nueva, he venido a confesarles un pecado de tortura mi conciencia más que los otros...

—¿Un pecado...? — dijeron el padre y el hijo ya despierta su curiosidad por aquel discurso preliminar.

—Sí, un pecado... Un crimen, si ustedes quieren. Yo fui quién robó el monedero, que mi hija quiso recuperar para devolvérselo a su dueña.

Aquella noticia además de producir en Roberto una inmensa alegría, porque le demostraba la inocencia de la mujer querida, causóle tam-

bién un profundo dolor, al hacerle ver lo injusto que había sido con ella, acusándola de culpas que no había cometido, porque precisamente el día antes los detectives, que por encargo suyo buscaban a Colibrí le habían dicho:

—Nuestras indagaciones hasta ahora han resultado infructuosas en lo que se refiere a esa muchacha, pero en cuanto a la desaparición del cuaderno de notas, podemos asegurarle que no fué ella quien lo sustrajo y uno de nuestros agentes cree fundadamente hallarse sobre una pista segura.

¡Y él que había provocado con sus absurdas sospechas aquel alejamiento, por borrar el cual daría ahora su vida!

VI

Y AL FIN EL PAJARITO AQUEL VOLVIO
A SU JAULA

Y llegó la noche del debut...

Vestida ya para trasladarse al teatro, Colibrí sintió agitado su espíritu por un deseo infinito de hacer que su pasado se colmase de dicha del presente.

¡Si consiguiese que él creyera al fin en su inocencia!

Y cogiendo el teléfono se puso en comunicación con la casa de los Lewis.

Y fué él quien contestó a su llamada:

—¡Colibrí...! ¡Tú...! ¡Quiero verte en seguida...!

Pero el destino no quería que se encontraran aún.

Jorge Rogers asistía a aquel coloquio y como

no le convenía que los amantes se encontrasen aún, provocó una interrupción en el teléfono.

En vano esperó Colibrí que su Roberto siguiera habando... y al ver la inutilidad de sus esfuerzos, exclamó mientras las lágrimas acudían a sus ojos:

—¡Rehuye hablar conmigo...! ¡Aun me cree culpable!

Y mientras el pobre enamorado, sabiendo a Colibrí tan cerca, salía a la calle dispuesto a hallarla a toda costa, aun cuando tuviera que revolver Berlín entero, su ayudante corría al hotel donde se hospedaba el profesor japonés, que era el mismo en que se hallaba Colibrí, y decía a éste precipitadamente.

—Es preciso que huya esta noche misma. La muchacha a la que se atribuía el robo, está en Berlín, y el doctor Roberto no tardará en dar con ella.

... ..

El Gran Teatro Imperial ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades. La sala estaba des-

lumbradora y se hallaba en ella lo más selecto de la sociedad berlinesa, como dicen los cronistas cursis de salones.

Había verdadera fiebre por ver a aquella artista excepcional — según los augurios — y los más interesados en que se confirmase el éxito predicho, eran sin duda alguna Marcos y Loew, que se frotaban las manos de gusto ante aquel filón que veían en perspectiva.

Y se alzó el telón y apareció la artista debutante.

Vencido el primer momento de impresión intensa, que la vista de aquella sala inmensa y de aquel público escogido le causara, Colibrí bailó... y sus piecitos menudos fueron trazando espiras caprichosas y su cuerpecito de acero, flexible y dúctil decía a su capricho, amor y celos, dolor y esperanza, la huída temerosa y acercamiento definitivo hasta rendirse a la caricia premiosa.

El triunfo fué clamoroso, inmenso, rotundo y Colibrí se vió obligada a acudir al proscenio, una vez... ciento... y bailó, bailó, como si su cuerpo no sintiese la fatiga y fuese su alma ardiente

la que trezase las espirales del vértigo en el espacio.

La salida del teatro, para dirigirse al Hotel, fué una verdadera apoteosis, y hasta la misma puerta de sus habitaciones la acompañó una multitud ebria de entusiasmo, regalando sus oídos con vítores y aclamaciones frenéticas y alfombrando con una nube de flores su camino.

Y cuando entró en su habitación y se disponía a saborear a solas las mieles del triunfo obtenido, unos golpecitos discretos sonaron a la puerta.

Fué a abrir y vió ante ella a dos señores muy tiesos y muy serios, que tras enseñarle los atributos de autoridad la dijeron secamente:

—Señorita, tenemos orden de conducirla a la Jefatura de Policía.

—¿A mí?...

—Sí. ¿No se llama usted Colibrí?

Lo comprendió todo... Seguía acusándosela del robo del cuaderno y vió que se derrumbaba de pronto todo el castillo de sus ilusiones.

—Aquí puede usted cambiar de traje — la

dijo uno de los agentes indicándole el pequeño *boudoir*.

Entró en él maquinalmente y quedó un momento indecisa ante el espejo. ¡Estaba cogida! ¡Aquella vez no había salvación posible!

Pero de pronto... ¿qué era aquello?... Sí, el espejo se movía... giraba sobre unos goznes invisibles y silenciosos y en la rendija reducida aparecía la cabecilla pícara del enamorado botones, que la hacía guiños expresivos... Miró hacia atrás... Los agentes se habían vuelto de espaldas para no ser indiscretos.

—¿Está usted ya?...

Y poniéndose un *estupendo* abrigo de pieles se deslizó por la abertura del espejo, cerró tras de sí y dando un beso ruidoso en la carita del muchacho, que creyó por un momento que todas las campanas del mundo tocaban a gloria a un tiempo, huyó a la ventura corriendo, corriendo sin volver atrás la vista, como una corza perseguida.

¡Y creyendo esquivar la fatalidad, Colibrí se alejó de nuevo de la más grande satisfacción que el destino podía ofrecer a su alma enamorada!...

Porque aquellos agentes que de tal modo llevaron el terror a sus sentidos, habían sido enviados por Roberto para atraerla a sus brazos, única cárcel que la deseaba...

En una carrera fantástica, llegó Colibrí a la estación, a tiempo que arrancaba el expreso. Ya en marcha el convoy, subió a un coche de primera...

En el pasillo, cuando buscaba un departamento aislado, vió en la portezuela de uno de ellos, la cara del profesor nipón, que la miraba extasiado. Pasó ante él la muchacha y entró decidida en el departamento contiguo.

Nadie... sí... un hombre...

—¡La Gacela Oriental! No esperaba que el cielo me deparase tan excelente compañera de viaje...

Le miró ella con sorpresa... y ¿por qué no decirlo? con temor.

—Sí — dijo él sonriendo —, la conozco a usted, porque soy el detective del hotel donde se hospeda...

¡Nuevo sobresalto!... ¡Un detective! ¿Habría ido a meterse otra vez en la ratonera?

—Vengo persiguiendo a un doctor nipón que viaja en el departamento contigo.

¡Respiró con desahogo!... No era a ella a quien buscaba. Y convencida de su propia seguridad, recobró su alegría habitual.

—Ese doctor — continuó él—, ha robado un cuaderno de notas, en el que el profesor Roberto Lewis conservaba las fórmulas de sus experiencias científicas.

¡El cuaderno de Roberto!... ¿Estaría por fin la felicidad al alcance de su mano?...

—Si usted señorita, se aprestase a ayudarme a recuperar ese cuaderno, haría un gran servicio a la ciencia y a la justicia. Bastaría con que procurase inspirarle confianza...

¿Si quería?... ¡Ya lo creo! ¡Por poseer aquel cuaderno y rehabilitarse a los ojos de Roberto, daría la vida!

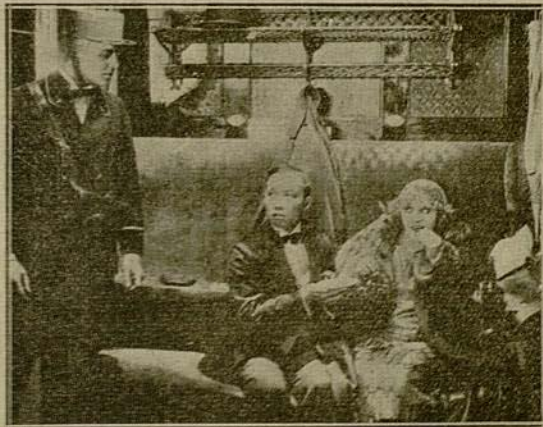
Y animada por aquel secreto propósito, Colibrí salió al pasillo dispuesta a secundar el plan del detective.

Estuvo admirable de gracia y de coquetería y el doctor japonés no tardó en acudir al reclamo y caer en sus redes...

Un desmayo... el socorrido desmayo de los momentos cumbre...

—¿Se siente usted mal?...

—Sí... pero no será nada... Un pequeño des-



...y el doctor japonés no tardó en acudir al reclamo...

mayo... Un poco de vino me sentaría bien. Si fuera usted tan amable que me lo trajera del restaurante...

Salió él a cumplir el encargo y volvió a poco con una botella y un vaso.

El detective aprovechando aquel corto intervalo, la dijo rápido:

—Apodérese de su cartera de negocios y pásemela por la ventanilla sustituyéndola por esta otra...

Y cumpliendo lo convenido, mientras el doctor iba a devolver al restaurante el servicio, efectuó el cambio de carteras.

Pero el detective no halló en la cartera el cuaderno de notas... ¡Se había quedado Colibrí con él!... Había rehuído la colaboración del detective, porque deseaba ser ella misma quien entregara a Roberto la prueba de su inocencia!...

... ..

Al día siguiente en el palacio de los Lewis, se trazó en el tiempo la estela de una vida de venturas eternas... A la puerta de la casa llegó Colibrí jadeante... El portero que sabía que aquella era la señorita Felicidad, que llegaba de vi-

sita, abrió la puerta de par en par riente y alborozado.

Colibrí subió a saltos la escalera y entró en el despacho de Juan Lewis. Este al verla de improviso corrió hacia ella y la estrechó en sus brazos loco de alegría.

—¡Colibrí!... ¡Por fin!...

Pasado el primer transporte de alegría, la fugitiva dijo ensombreciéndose de pronto su mirada:

—¡No me quieren, porque me creen culpable!...

—No, querida Colibrí. Sabemos que eres inocente y sólo deseamos devolverte en cariño la injusta desconfianza de que te hicimos víctima

—¿De veras?...

—Sí, tontuela!... ¡Ahí está Roberto!... ¡Escóndete! Es preciso darle la sorpresa...

Entró Roberto en la estancia y se dejó caer derrengado en una silla:

—Se sabe que se arrojó del expreso Berlín-París... — exclamó con desaliento—. Pero ha vuelto a desaparecer... ¡Será preciso renunciar a ella, olvidarla!...

—¡Pero aunque tú la olvides, Colibrí nunca olvidará a Roberto!...

¿Aquella voz?... ¡Ella!...

—¡¡Colibrí!!...

Y Roberto ebrio de gozo, sintiendo que todas las ventanas de su alma se abrían de par en par, se precipitó a su encuentro y fué a besarla con unción en la frente.

—¡No!... ¡En la frente, no!... ¡En la boca, sí!...

Y el tierno pajarillo símbolo de las alegrías infinitas, ahuecó las alas para recibir la caricia!...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

LA SOMBRA DEL RECUERDO

por JOHN BOWERS y LILLIAN RICH

Postal-fotografía-regalo: EILEEN PERCY

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles. Precio. 25 céntimos

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!